Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

La leyenda de la aventura de Oliver

Érase una vez, en un pequeño pueblo ubicado al borde de un denso bosque, un niño llamado Oliver. Era un niño dulce y curioso al que nada le gustaba más que explorar los bosques que rodeaban su casa. Cuando se acercaba el Día de la Madre, Oliver sabía que quería hacerle a su madre el mejor regalo que pudiera encontrar. Así que salió temprano una mañana con una cesta en la mano, decidido a recoger las bayas y flores más hermosas que pudiera encontrar.

A medida que se adentraba en el bosque, los árboles se hacían más espesos y el aire más frío. Pero Oliver no se rindió. Estaba decidido a encontrar el mejor regalo para su madre, pasara lo que pasara. De repente, oyó una carcajada que resonaba entre los árboles. Al principio pensó que era sólo el viento, pero volvió a oírla, esta vez más fuerte. La curiosidad se apoderó de él y siguió el sonido hasta que se topó con una pequeña y destartalada cabaña.

La cabaña no se parecía a nada que Oliver hubiera visto antes. Las paredes estaban cubiertas de musgo y enredaderas, y el tejado era de metal viejo y oxidado. Una anciana retorcida, con una verruga en la nariz y una sonrisa torcida en la cara, estaba sentada en el porche, removiendo un caldero de burbujeante líquido

verde. En cuanto vio a Oliver, le hizo señas para que se acercara.

—Hola, pequeño —dijo con voz rasposa y grave—. ¿Qué te trae por este lado del bosque?

—Busco bayas y flores para mi madre —respondió Oliver, sintiéndose un poco incómodo.



—Vaya, vaya, vaya —rio la bruja —. Resulta que tengo las bayas y las flores más hermosas de toda la tierra. Pero no puedo dártelas gratis. Primero debes hacer algo por mí.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Oliver nervioso.

—Quiero que te quedes conmigo un tiempo —dijo la bruja, sus ojos brillando con un destello malvado—. Te daré las bayas y las flores que necesites y, a cambio, podrás hacerme compañía. Al fin y al cabo, me siento muy sola aquí afuera.

Oliver dudó, pero la idea de encontrar el regalo perfecto para su madre era demasiado tentadora como para resistirse. Así que aceptó quedarse con la bruja durante un tiempo.

Los días se convirtieron en semanas, y las semanas en meses. Oliver perdió la noción del tiempo mientras pasaba los días recogiendo leña, cocinando y haciendo compañía a la bruja. Pero a medida que pasaba el tiempo, empezaba a sentirse cada vez más atrapado. Echaba de menos a su familia y su hogar, pero la bruja

le había lanzado un hechizo que le hacía olvidar todo sobre su antigua vida.

Un día, mientras Oliver recogía bayas, tropezó con un amuleto mágico escondido entre los arbustos. En cuanto lo cogió, sintió una descarga de energía que le recorrió el cuerpo. De repente, lo recordó todo: a su madre, su hogar y la razón por la que se había adentrado en el bosque.

—Tengo que salir de aquí —se dijo Oliver, decidido a romper la maldición de la bruja.

Planeó escabullirse de la cabaña en plena noche, pero la bruja iba un paso por delante de él. Cuando se dirigía de puntillas hacia la puerta, la bruja soltó una carcajada y agitó su varita, lanzando un hechizo que lo convirtió en rana. Oliver quedó atrapado, incapaz de escapar de las garras de la malvada bruja.

Pasaron los años y Oliver siguió atrapado como una rana. La bruja hacía tiempo que se había olvidado de él, pero él era incapaz de romper la maldición por sí mismo. Pero un día, un buen mago llegó al bosque, buscando una hierba rara para curar a su esposa enferma. Mientras vagaba por el bosque, oyó el débil croar de una rana. Curioso, siguió el sonido hasta que se encontró con Oliver, atrapado y solo.

—Hola, ranita —dijo el mago amablemente—. ¿Qué te trae por el bosque?

Oliver croó, esperando que el mago le entendiera. Para su sorpresa, el mago le entendió. Tenía una habilidad mágica para comunicarse con los animales y las criaturas del bosque.

—Ya veo —dijo el mago tras escuchar la historia de Oliver—. Creo que podría ayudarte, ranita. Pero primero, debo encontrar la hierba que vine a buscar.



Juntos, Oliver y el mago partieron en busca de la hierba. Les llevó muchos días y muchos peligros, pero finalmente encontraron lo que buscaban. El mago preparó una poción con la hierba y, con un movimiento de su varita, rompió la maldición que había atrapado a Oliver durante tanto tiempo.

En cuanto la maldición desapareció, Oliver sintió que su cuerpo humano volvía a él. Se levantó, estiró los miembros y parpadeó a la luz del sol. Por un momento se sintió desorientado, sin saber dónde estaba ni cuánto tiempo había pasado. Pero entonces lo recordó todo.

—¡Mi madre! —exclamó Oliver—. ¡Tengo que volver con ella!

El mago asintió comprensivo.

—Por supuesto, muchacho. Ve a casa con tu madre. Te ha echado mucho de menos.

Oliver dio las gracias al mago y emprendió el largo viaje de regreso a su pueblo. Su corazón se aceleró al pensar en volver a ver a su madre, después de tantos años. ¿Estaría todavía allí? ¿Se acordaría de él?

Mientras caminaba por el bosque, vio lugares familiares y puntos de referencia que le refrescaron la memoria. Recordó el día en que había salido a buscar bayas y

flores para su madre, y cómo había tropezado con la cabaña de la bruja. Recordó los largos años que había pasado atrapado y solo, incapaz de recordar nada de su antigua vida.

Finalmente, salió del bosque y vio su pueblo a lo lejos. Corrió lo más deprisa que pudo, con el corazón palpitante de expectación. Al llegar a su antigua casa, vio una figura familiar en el porche, mirando hacia la carretera.

—¡Madre! —gritó Oliver, con lágrimas cayendo por sus mejillas.

Su madre se volvió y, al verle, soltó un grito de sorpresa. Por un momento, no pudo creer lo que veía. Pero entonces, bajó corriendo los escalones y lo abrazó con fuerza, estrechándolo como si nunca fuera a dejarlo marchar.

—¡Oliver, mi querido hijo! ¡Has vuelto! —exclamó, con lágrimas rodando sobre su rostro.

Oliver abrazó a su madre con fuerza, sintiendo una oleada de emociones que no podía describir. Era como si hubiera estado fuera sólo un día, en lugar de muchos largos años. Le contó todo a su madre, sobre la bruja, la maldición y el amable mago que lo había salvado.

Pasaron muchas horas sentados en el porche, hablando, riendo y llorando. La madre de Oliver le contó todo lo que había echado de menos, los cambios que se habían producido en el pueblo y la gente que había ido y venido. Pero, sobre todo, le contó lo mucho que lo había echado de menos y lo contenta que estaba de tenerlo de vuelta.

Desde aquel día, Oliver no volvió a dar por sentada a su madre. Sabía lo preciosa y efímera que podía ser la vida, y apreciaba cada momento que pasaba con ella. Cada Día de la Madre, recogía las flores y bayas más hermosas que encontraba y se las regalaba a su madre con el corazón lleno de gratitud y amor. Y el recuerdo de los largos años que había pasado atrapado en la maldición de la bruja le recordaba que siempre debía apreciar el tiempo que pasaba con sus seres queridos y que nunca debía olvidar el poder del amor y de la familia.

Pasaron los años y Oliver creció hasta convertirse en un hombre bondadoso y sabio. Fue padre y transmitió a sus hijos la historia de su aventura en el bosque. Cada Día de la Madre, salían de excursión en familia para recoger flores y bayas, y se contaban historias y se reían juntos, como habían hecho Oliver y su madre.

En cuanto a la malvada bruja, nunca se la volvió a ver por aquellos bosques. Se decía que, después de que el buen mago rompiera sus hechizos, había huido a una tierra lejana y no se volvió a saber de ella. Pero Oliver nunca olvidó la lección que había aprendido de ella. Sabía que había oscuridad y maldad en el mundo, pero también sabía que, con amor y bondad, esas cosas podían superarse.

Y así, la historia de la aventura de Oliver en el bosque se convirtió en una leyenda en su pueblo. Las madres se la contaban a sus hijos y los hijos se la contaban a sus hijos. Y cada Día de la Madre, la gente del pueblo se reunía para celebrar el amor y el sacrificio de las

madres de todo el mundo, y para honrar la memoria del viaje de Oliver al corazón del bosque.